

## PORVENIR DE LA POESIA

**C**OMO la expresión, a medida de envejecer, se hace propia, es decir que el lenguaje poético constituye la esencia de la personalidad, cada vez se ausenta más el entendimiento entre lector y poeta. En el grado que éste madura o se fija, aquel se deslíe o se va, porque el poeta, en tanto aumenta el tamaño de sus días, sólo escribe sus versos para su público más inmediato, que es su yo humano, o sea su calidad de hombre. Sólo por este hombre que vive a su lado, que está en él sin ser él completamente, pero al que él quiere, el poeta ha terminado usando un medio común de lenguaje, pues su expresión, la expresión poética por excelencia, sería de otro modo privada. Para expresarse él no necesita escribir ni hablar, no necesita el vehículo del idioma; escribe o habla sólo para comunicarse con su yo físico. Naturalmente, siendo tan reducido—¡y no obstante tan grande!—este público, sus medios de comunicación son particulares, su actividad no pasa de sí mismos. Esta es la clave. Yo he dicho en el prólogo de mi libro «Descripción del cielo» que siento cada día con más apremio la necesidad de escribir en lenguaje cifrado. A medida que se avanza, cada uno encuentra su abreviaturación, es decir, su código, se escribe en un lenguaje que a uno mismo le llega de modo sólito, pero que a los demás les es difícil descifrar, y que, por supuesto, para los no profesionales, goza de una segura interdicción ¡felizmente!

Se ha dicho que todo espíritu de selección tiene su clave. Si ello es cierto ¿cómo pensar que la poesía no tenga la suya? ¿Cómo creer que la poesía, esencia de lo desconocido, pueda valerse de recursos directos? La poesía es por naturaleza oscura, impenetrable, la obscuridad misma, digo que es el sentido de lo ininteligible. Mientras el poeta se acerca más a su íntima sustancia, no por estrategia ni rebuscamiento, sino por empuje, por mandato de su ser—eso, ¡porque cumple un mandato!—siente la necesidad de envolver su emoción, de cubrirse, de velar el significado de sus palabras. En tanto transcurren los años, y los hombres nos aguzamos en la discriminación de los valores literarios, estamos asistiendo a un espectáculo placentero de la poesía: la literatura le da origen, pero la poesía se desprende de ella, deja de ser un arte para convertirse en ciencia, y, bien entendido, en una ciencia oculta. Todos los poetas hemos sido literatos al comenzar, más cada día lo somos menos. Menos literatos y más poetas, cada día que pasa. Más

poetas, es decir, menos artistas, más íntegros, más honrados, más nosotros. Así es como se puede asegurar sin riesgo de equivocación que dentro de unos años más la poesía será definitivamente considerada como fenómeno de ocultismo, y los bibliófilos o bibliotecarios se verán obligados a colocar los libros poéticos en el estante de la metapsíquica. Estarán los versos, sin asomo de intrusión, entre la telekinesia y la ectoplasmia. Por eso creo que en el estado actual de las cosas, los niños, debido a su concepción maravillosa del mundo, y los espiritistas, a causa de su frecuentación del ambiente supraterráneo, son los más capacitados para entender, pongo por caso, mis poemas y los de aquellos que busquen lo mismo que yo busco.

Este concepto de la poética, es el que me llevó a establecer que la metáfora lo es todo, puesto que es un valor, por directo, de uso urgido de cautela en la referencia de las cosas. No obstante, la experiencia está demostrando que la metáfora puede ser perjudicial a la poesía, a causa de que es un elemento de seducción. Sólo los lectores bien probados en las realizaciones modernas saben descubrir la poesía a través de las metáforas, o, mejor dicho, a pesar de ellas. Sin cuenta de ese peligro, insisto en asegurar que la metáfora es un cuerpo de una sola pieza con la poesía, o, para ser más exacto, con el verso. Mas la metáfora es la parte puramente formal del poema, es el verso exclusivamente. Y esta es la diferencia fundamental entre el verso antiguo y el verso moderno: el verso antiguo es aquel que tiene ritmo y rima, o cualquiera de esos elementos; el verso moderno es aquel que tiene metáfora, aunque posea una sílaba o ciento ochenta. De allí surge de modo natural y por correlación la diferencia entre la prosa y el verso; aquéllo que la gente común entiende por prosa a causa de estar escrito en renglones seguidos, puede no ser prosa si ostenta una o varias metáforas, en cuyo caso es verso; y por el contrario, aquello que la gente común entiende por verso a causa de poseer ritmo y rima o alguno de esos elementos, sino tiene metáfora no es verso sino prosa.

Esta valorización de la metáfora, como expresión monetaria podría decirse, de la poesía, o sea como su viaducto, su instrumento, es cosa que, según creo, nadie ha observado y que yo mismo emito por primera vez, aunque vengo advirtiéndola desde hace tiempo y me propongo profundizar en un «Tratado de Poética», que escribo. Confieso que la metáfora ha caído en cierto menosprecio últimamente, y aun algunos estetas modernos, como Jean Epstein en su libro «La poesie d'aujourd'hui», la consideraban ya mero cliché hace unos años. Pero es por

eso, porque avaluaban la metáfora como razón de ser de la poesía, como su finalidad única, y no como mera cosa exterior, como verso, como continente y no contenido en sí propia.

Ahora bien, la metáfora tiene sólo valor formal, pero también existe la metáfora de fondo; y si bien de aquella puede prescindirse, la existencia de ésta es lo único que caracteriza una presencia poética. El poema perfecto moderno estará hecho, pues, de varias metáforas formales, que deben ser cada uno de los versos que lo integren, y de una metáfora de fondo, que pase a través del conjunto, como una espiral que comenzara en el título o muy tarde en la primera línea y terminase en el último vocablo. Por desgracia, la gente casi nunca percibe esta última metáfora, la total, que contiene la poesía, seducida por el aparato exterior de las otras y despistada por la obscuridad en que aquella se entrega. Ocurre que cuando se lee un poema a otra persona, ésta se deslumbra con alguna metáfora, queda ciega y ya no capta el resto. De las cosas que más me indignan es que se diga después de una lectura: ¡«qué hermosa imagen aquélla»!

No hay, pues, poesía sin metáfora o sin imagen de fondo. Esto es algo que se puede declarar de modo taxativo. Cuando no hay metáfora o imagen de fondo, puede haber, como hay, en ciertos poetas, alguna emoción, alguna gran emoción si se quiere, pero la emoción no es toda la poesía sino apenas uno de sus elementos. Sostener esto y sostener que ahora como antes hay versificadores y poetas, es todo uno y lo mismo. Hay multitud de personas embanderadas en las nuevas tendencias que no hace sino metáforas, metáforas formales, sin específica función de decir algo, lo cual significa que son simples versificadores modernos. Basta ya de confusiones.—ALBERTO HIDALGO.